



La relación Comunicación-Educación: consideraciones desde una perspectiva institucional

Alejandra María Gordillo

Question/Cuestión, Nro.72, Vol.3, Agosto 2022

ISSN: 1669-6581

URL de la Revista: <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/>

IICom -FPyCS -UNLP

DOI: <https://doi.org/10.24215/16696581e713>

**La relación Comunicación-Educación: consideraciones desde una perspectiva
institucional**

**The Communication-Education relationship: considerations from an institutional
perspective**

A relação Comunicação-Educação: considerações desde uma perspectiva institucional

Alejandra María Gordillo

Universidad Nacional de Chilecito

Argentina

agordillocorominas@gmail.com

Resumen

Comunicación-Educación son procesos estrechamente entrelazados que no se circunscriben al ámbito escolar. Están presentes en las diferentes instituciones otorgando sentido a la convivencia y a las prácticas sociales. Cada comunidad o sociedad posee sus instituciones, agentes y redes de enseñanza que transmiten concepciones y verdades asumidas como tales. La educación propicia una normalidad que legitima interpretaciones de la realidad. La comunicación socializa y puede afianzar modelos, reforzar estereotipos, ideologías. Ambas establecen una relación (educación que comunica y comunicación que educa) que puede ser dialéctica, constituyendo instancias de producción-reproducción y creación-recreación de

significados. Repasa la concepción moderna de lo educativo frente a las nuevas concepciones y desafíos que el binomio comunicación-educación enfrenta.

Palabras claves: comunicación; educación; instituciones; prácticas sociales.

Abstract

Communication-Education are closely intertwined processes that are not limited to the school environment. They are present in the different institutions, giving meaning to coexistence and social practices. Each community or society has its institutions, agents and teaching networks that transmit conceptions and truths assumed as such. Education fosters a normality that legitimates interpretations of reality. Communication socializes and can strengthen models, reinforce stereotypes, ideologies. Both establish a relationship (education that communicates and communication that educates) that can be dialectical, constituting instances of production-reproduction and creation-recreation of meanings. It reviews the modern conception of education in the face of the new conceptions and challenges that the communication-education binomial faces.

Key words: communication; education; institutions; social practices.

Resumo

Comunicação-Educação são processos intimamente entrelaçados que não se limitam ao ambiente escolar. Estão presentes nas diferentes instituições, dando sentido à convivência e às práticas sociais. Cada comunidade ou sociedade tem suas instituições, agentes e redes de ensino que transmitem concepções e verdades assumidas como tais. A educação promove uma normalidade que legitima interpretações da realidade. A comunicação socializa e pode fortalecer modelos, reforçar estereótipos, ideologias. Ambos estabelecem um relacionamento (educação que se comunica e comunicação que educa) que pode ser dialético, constituindo instâncias de produção-reprodução e criação-recriação de significados. Revisa a concepção moderna de educação diante das novas concepções e desafios que o binômio comunicação-educução enfrenta.

Palavras chaves: comunicação; educação; instituições; práticas sociais

Comunicación-Educación

Las prácticas de Comunicación-Educación están estrechamente vinculadas y ambas son interpeladas por los cambios y transformaciones de la sociedad, de los vínculos intersubjetivos e institucionales y los modos en los que se concibe ese vínculo comunicación-educación.

En este artículo pretendo reflexionar en ese sentido y dialogar con autores que permitan identificar los desafíos institucionales y las reconfiguraciones en el establecimiento de lazos sociales entre los sujetos y entre éstos y las instituciones – fundamentalmente educativas -, reconfigurando las formas de sociabilidad, de reconocimiento y vínculo social, transferencia de la herencia cultural, participación ciudadana, inserción en el mercado laboral, cómo se reubica el sujeto en su rol de estudiante/docente/comunicador - ciudadano/consumidor a partir de la inclusión/exclusión y las promesas de democratización, accesibilidad y participación de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación.

Prácticas institucionalizadas de Comunicación-Educación.

Las instituciones nos acompañan toda la vida e imprimen en nuestras subjetividades los modos de ver y entender la realidad. Construimos a través de ellas una interpretación colectiva que le da sentido y razón de ser a nuestros actos. Constituyen espacios sociales atravesados por numerosas negociaciones que configuran y reconfiguran los vínculos de quienes las habitan. Es el ámbito en el que se despliegan relaciones intersubjetivas y sociales entre los sujetos y entre éstos con la normatividad que instituye su mandato. Es en el vínculo de los procesos comunicacionales – educativos, altamente normados - donde se entreteje la cotidianeidad y se construye la realidad social a partir de la comprensión ampliada del hombre y sus circunstancias, donde se reflexiona sobre las condiciones materiales y simbólicas de la existencia. Allí se tensan las concepciones del ser y hacer, de los derechos y las obligaciones.

Se institucionalizan conocimientos, valores, costumbres que se adoptan por convención, validados por marcos de referencia que pueden estar asentados en políticas públicas.

El estrecho vínculo entre lo comunicacional-educativo enmarcado institucionalmente se expresa en la construcción de significados que en conjunto operan sobre el individuo y configuran un proceso de socialización que configurará su rol e inserción en la estructura social. El requerimiento es mutuo – no es posible pensar un proceso educativo sin la presencia de la comunicación. De idéntica manera, lo comunicacional conlleva un proceso pedagógico de mediación e interpretación crítica de los enunciados – y por lo tanto la existencia de una es imprescindible para la otra. La comunicación en el marco de la educación detona los elementos del entramado social para instituir la realidad social. Es decir que opera, como expresó Martín-Barbero (1990) como una mediación que vincula de forma interdependiente a ambos componentes sociales para darle sentido a su condición de reconfigurantes de la realidad (Martín Barbero, J. citado en Santillán B. y Ortín M., 2011).

Las instituciones norman conductas que sujetan al individuo a un orden que lo precede, y que puede entenderse como una pretensión de disciplinamiento, en un sentido negativo, pero que pensado en términos de convivencia social, instauran marcos de referencia que ordenan y brindan seguridad, al tiempo que facilitan la concreción de sus objetivos. La institución es el lugar donde se articulan, se *hablan*, las determinaciones que adoptan las relaciones sociales (Lapassade, G., Lourau, R. 1973). Se trata del lugar en el que la ideología viene activada por la negatividad que introduce la infraestructura (simultáneamente base material – medios de producción – y base social – fuerza de trabajo del trabajador colectivo -).

En el análisis de lo institucional es posible advertir un doble carácter, Son, desde el punto de vista objetivo, las que regulan la vida individual y social. Ordenan, instituyen, reprimen, estructuran. Anclan al sujeto, a los grupos y a las organizaciones a un territorio, a una concepción témporo -espacial de los procesos, a tareas y conductas. Subjetivamente, lo vinculan a representaciones sociales que inducen a una interiorización de representaciones, incorporación de valores e interpretaciones críticas de la realidad. Ese doble carácter promueve tensiones de aceptación y rechazo. En línea con lo expuesto decimos que lo educativo-

comunicacional cuando está enmarcado en el espacio institucional que prioriza el vínculo con el otro, presenta síntomas de negociación del poder, porque se trata de un encuentro dialógico entre interlocutores, que buscan la significación de los significados, es decir, el o los sentidos. Poder pensado como una relación dialógica en la cual se ponen en común significados que requiere y demandan del otro la capacidad de reinterpretación. Esto es un momento de poder, donde el diálogo comunicacional es un ejercicio circular, por ende, el poder no permanece estable sino que circula a través de sujetos en una relación vinculante sucesiva (Santillán Briceño V.E. y Ortiz Marín A.M., 2011). Es allí donde la realidad se construye con el otro, de manera inclusiva, asumiendo la multiplicidad de las miradas, de los saberes y de las realidades. Un mundo que se origina en los pensamientos y en las acciones, consecuentemente sustentado como real al hacerse presente como producción de la actividad humana en el espacio de la intersubjetividad (Berger y Luckmann, 2005).

La educación es una de las instituciones que atraviesa a la sociedad moderna. Originalmente normativa por naturaleza, se enfrenta desde hace unas décadas a una serie de cambios y transformaciones que dejan en evidencia la dialéctica común a todas las instituciones (instituido-instituyente-institución) y sus consecuencias de certidumbre e incertidumbre en los sujetos involucrados en esos procesos.

La escolaridad ha sido para el proyecto moderno, la encargada de la transmisión cultural a través del discurso comunicado por la autoridad instituida del docente, sujeto que a través de la palabra justificó el orden social existente, contribuyendo a legitimar cierta ideología, prácticas, contenidos y organización social (1). Pero es justamente en ese espacio en el que la praxis de comunicación-educación convalida la reflexión, el espíritu crítico y el análisis de la realidad, cuestionando el orden instituido, la realidad como algo dado e inmodificable. Es este espacio social en el que se consideran las configuraciones del poder y las (re) configuraciones posibles, porque es justamente el ámbito donde la dialéctica hace posible el cambio y la transformación socio cultural (2). No puede ni debe entenderse fuera del tejido social del cual forma parte, ni tampoco desconocer que en ella se materializan rituales educativos que reproducen los discursos ideológicos dominantes que tienden a perpetuar el sistema. Forma

conciencias, pero al mismo tiempo encuentra resquicios desde los cuales confrontar lo instituido (condiciones, prácticas, metodologías, confrontación de saberes y experiencias).

Pensemos que para el proyecto de la Modernidad, la educación fue la institución encargada de validar y transferir los ideales de hombre racional, independiente, autónomo, capaz de transformar la sociedad, a partir de los cambios que en él operara la formación. En ella se depositó la tarea de dar respuesta a los requerimientos que introdujeron las transformaciones sociales y económicas derivadas de las Revoluciones Francesa e Industrial. Sociedades que precisaban la transformación de los sujetos *incultos* para devenirlos ciudadanos y consumidores (3). Se precisó de un sistema educativo nacional que garantizara consolidar *el nuevo sistema socio político y económico a través de la formación*. La institución educativa fue la encargada de demostrar que todo ser humano era educable y que sus prácticas de formación provocarían los cambios para garantizar el ideal de progreso, valiéndose de “instrumentos” como la ciencia y la razón. Para Tadeu Da Silva (1995), el sujeto educacional de ese momento encarnó los ideales de la narrativa moderna: emancipado, libre y racional. Un sujeto que, atravesado por los procesos educativos, pudiese superar los saberes ancestrales e interiorizar los procesos intelectuales derivados de la razón, a partir de un proceso de socialización que lo habilitara para funcionar en esa nueva conformación social que exigía un sujeto capaz de delegar su representación política en incipientes sociedades democráticas, al tiempo que pudiese integrarse exitosamente en los mercados del capitalismo. De este modo el proceso de escolarización como práctica social que se extendió en todos los niveles de las sociedades modernas. La escuela fue constituyéndose en una institución destinada a producir determinado orden imaginario social y a reproducir las estructuras y organizaciones sociales modernas existentes (Huergero y Fernández, 1999).

Era una institución que detentaba una dosis de poder importante en la sociedad por cuanto tenía la capacidad de hacer prevalecer su posición o enfoque en la vida institucional, de influir en la toma de decisiones, obtener reconocimiento, espacios, recursos, beneficios, privilegios, cargos, o cualquier otro objetivo que se propusiera. (Frigerio, Poggi y Tiramonti, 1994).

Esa dosis de poder puede ser reconocida también en la disposición de su espacio, las regulaciones meticulosas que gobiernan su vida interna, las diferentes actividades que se

organizan ahí, las diversas personas que viven o se encuentran, cada una con su función, su carácter bien definido -todas esas cosas constituyen un entramado de capacidad-comunicación- poder. La actividad que garantiza el aprendizaje y la adquisición de actitudes o tipos de comportamientos, es desarrollada allí por medio de series de comunicaciones reguladas (lecciones, preguntas y respuestas, órdenes, exhortaciones, signos codificados de obediencia, calificaciones diferenciales del "valor" de cada persona y los niveles de conocimiento y por medio de series completas de procesos de poder, encierro, vigilancia, recompensa y castigo, las jerarquías piramidales) (Foucault, 2005).

Esta institución no actuaba de manera aislada, sino que lo hacía en el contexto de un sistema social que se nutría de otras (familia, hospital, iglesia, sindicato, fábrica) todas contribuyentes a la formación definitiva del ciudadano requerido por la meta institución Estado – Nación. El resultado esperado era un sujeto que, merced a la escolarización, se insertara en la sociedad con conciencia nacional, con capacidad para delegar, para ejercer el acto ciudadano por excelencia. Pero para poder delegar, nos dice Ignacio Lewkowicz, el ciudadano tiene que estar educado y debe asumirse como resultante de un pasado común, de una historia y una cultura compartidas, debe compartir los valores y ser parte de una identidad que la escolarización se encargará de transferir de generación en generación, por lo que precisa pasar de la oralidad a la escritura, de lo popular a lo culto para permitir que el sujeto pase de un estado de naturaleza a uno civilizado.

Para Carusso y Dussel (1997), la acción educativa se impregnó de optimismo pedagógico y la acción educativa sustentada en el conocimiento racional se concibió como sostén de nuevos proyectos de sociedad, ocupando la educación un lugar central para formar la razón y para distribuir conocimientos. De este modo, la escuela fue el vínculo entre la educación y la sociedad. En ella se depositó la misión de transformar la sociedad, de ordenar y organizarla. De esta manera, la educación tendría efectos positivos sobre los salarios y la actividad económica en general. En nuestro país este optimismo pedagógico se reflejó en la obra de Sarmiento y su convicción de que, para pensar cambios o reformas estructurales que permitiesen superar la barbarie y conformar una nación "civilizada", debía consolidarse la

escolarización masiva de una población sobre la que pesaba, como una daga, una fuerte desconfianza.

De esa manera, el imaginario educativo colectivo implantado por el normalismo fue llevado a la práctica de las maneras a veces más extremas: “la escuela debe enseñar lo que no se aprendía en las familias, y en este caso se trataba de valores fundamentales para la época, el aseo personal, que se vincula con un ordenamiento programado de los cuerpos y un ideal de respetabilidad cultural y material” (Sarlo, 1998, p. 4), pero también forjando la construcción del “pueblo”, de una identidad nacional común, a la consolidación de un sentimiento patriótico de unidad nacional, a la inculcación de la idea de pertenencia a una comunidad de origen y destino de un grupo social en un determinado territorio, el de Estado –Nación.

Caracterizando la educación moderna, Tadeu Da Silva (1995) afirma que la idea de educación es parte esencial del sentido común moderno, está montada sobre las narrativas del constante progreso social, de la ciencia y de la razón, del sujeto racional y autónomo y del papel de la propia educación como instrumento de realización de esos ideales. Esta institucionalización de normas y de disciplinas moldeó al sujeto mediante mecanismos de disciplinamiento con el fin de lograr su inserción exitosa en el proyecto de Estado-Nación moderno, democrático y productivo.

Un disciplinamiento que modela subjetividades a partir del encierro de poblaciones homogéneas (niños, adolescentes, trabajadores, etc.), para normalizarlos. Como dice Ignacio Leckowickz (2008), hasta la aparición de la escuela moderna nunca hubo un espacio donde se pudiera observar a los niños de la misma edad, todos juntos, aprendiendo y haciendo cosas, y viendo los ínfimos grados de diferencia entre uno y otro, y menos aún se ha visto un espacio que convierta esa desviación en identidad, individualidad, personalidad. Para este autor, pertenecer y estar dentro sólo son sinónimos en la lógica del encierro que homogeniza, y por tanto normaliza; ya se trate de niños dentro de una escuela o de trabajadores dentro de una fábrica. Este interés por el hombre, el complejo de discursos, saberes, prácticas e instituciones en torno al hombre de la modernidad, constituye un modo de control, de dominio, de poder que se desarrolla en la modernidad y que tiene que ver con la idea de hacer útiles a los individuos

para la sociedad, es decir, hacerlos utilizables para los propios fines de la sociedad. Los mecanismos de control han sido diversos y la escuela cumplió la función de generar hábitos de conducta y de pensamiento de modo tal que su paso por ella generara seres útiles para la sociedad, es decir, dispuestos a ocupar los lugares debidos de manera incondicional (5).

Pero a partir de los '60 – '70 este ideal moderno comienza a cuestionarse, se erosiona a la luz de la crítica cuando se comprueba que la educación no logra concretar el sueño del progreso democrático, ni equiparar las condiciones de accesibilidad de los más débiles del sistema, ni facilitar masivamente la movilidad social. “La realidad indica que estamos inscriptos en un nuevo ordenamiento social, en el que la crítica a los viejos modelos se ha generalizado aunque todavía coexisten las novedades y tradiciones” (Carusso y Dussel, 1997).

Comunicación-Educación: prácticas interpeladas.

Sabemos que la educación no es ajena a los desafíos sociales, culturales, ideológicos y económicos que interpelan fuertemente la labor institucional. Al ideal moderno heredado del Liberalismo se contraponen la realidad del neoliberalismo e infiere, tal vez, un golpe mortal al proyecto moderno de educación. El sujeto humanista y altruista de la educación moderna es sustituido por el consumidor adquisitivo y competidor darwinista de la visión neoliberal de la sociedad. (Tadeu Da Silva, 1995). Las condiciones económicas e ideológicas que subyacen a este modelo económico requieren una revisión de los contenidos y las prácticas, ya que deja en el camino a numerosos excluidos, sujetos que no logran insertarse en el mercado laboral porque la tecnificación de los procesos precisa cada vez menos manos de obra y quienes pueden insertarse deben hacerlo demostrando conocimientos muy específicos. Esto reduce las posibilidades de acceso de los que luchan a diario por la subsistencia, que lidian con realidades familiares que los superan y con flagelos difíciles de escapar.

Como dijimos, las prácticas educativas son esencialmente comunicacionales y remiten a una relación vincular entre sujetos y grupos, pero también entre cada institución con la comunidad en la que se inserta, de la que se nutre y a la que nutre. Es en ese contexto socio económico cultural e ideológico en el que debe desplegar su actividad y cumplir su mandato –

aquel que le impone la política educativa emanada del Estado – con ideales de difícil cumplimiento frente a una realidad que la interpela, porque debe lidiar con dificultades que atraviesan diversas problemáticas (movimientos ecologistas, feministas, de derechos humanos, de igualdad de géneros) y con grupos que pugnan por sus espacios de poder y desplazan a la escuela de aquel que en la Modernidad detentó.

Los cambios y transformaciones que la sociedad ha manifestado desde los '80 en adelante han interpelado sus prácticas por la presencia incuestionable de los siguientes – entre otros – factores:

El impacto de las tecnologías de la información y la comunicación, y las derivaciones en las prácticas cotidianas de los sujetos, la eliminación de los límites geográficos y las posibilidades de producción, distribución y acceso a los datos y a los conocimientos. No obstante, la promesa de democratización en el acceso a los conocimientos que promovieron no se cumplieron debido a la diversidad de condiciones (sociales, económicas, infraestructurales, de formación) tanto de docentes como de alumnos. Estamos inmersos en una sociedad de la información que está atravesada por el impacto de las tecnologías que median en lo institucional, político, económico y social. De plano esto impacta en los procesos comunicacionales de todo orden, pero también en lo educativo y en los modos de transmisión cultural. Como sabemos, todo lo que hacemos, la organización social y personal, es información y comunicación. Esta incorporación tecnológica ha modificado todo o casi todo lo que hacemos, desde las maneras como producimos hasta los modos como consumimos, vivimos, amamos y morimos. (Castells, 2002). El desafío es la adecuación de la transmisión frente a un cambio que ha dejado de ser instrumental para ser estructural, asumir que la tecnología de la información y de la comunicación se inserta cada día más en nuestras vidas, para dejar de ser una mera herramienta y convertirse en mediadora cultural, cruzando la educación, la economía, la vida social y política de todos. Nuevos espacios donde conviven las generaciones adultas y las generaciones jóvenes, apropiándose y resignificando cada uno a su manera, las pautas culturales. Coincidiendo con Carla Sandri (2006) se trata de sujetos cuyas identidades se constituyen entre las instituciones modernas y los lugares anónimos y des-localizados del tejido social actual, entre la escuela y el cibercafé, entre el sistema de

educación pública y la calle como espacio público, entre las experiencias formativas incidentales y el consumo televisivo en la vida privada.

Manuel Castell (2002), afirma que la revolución tecnológica no determina el cambio histórico contemporáneo, pero su importancia es decisiva, y más aún tratándose de una tecnología tan poderosa que amplifica y hace posibles procesos sociales, económicos, culturales y políticos, que sin ella serían difíciles de concretar. O, como dice Martin Barbero, (2002b) la revolución tecnológica introduce en nuestras sociedades una nueva trama comunicativa, un nuevo modo de relación entre los procesos simbólicos que construyen lo cultural. Esto resta importancia a la incorporación del hardware y recupera el debate sobre las formas de producción y distribución de los bienes y servicios.

Quizás la más significativa de esas transformaciones aplique a la transmisión intergeneracional cultural (aspecto en el que los procesos de comunicación familiares y educativos formales tuvieron un rol central), introduciendo nuevas formas de percepción y administración del tiempo. Las tecnologías de la información y de la comunicación pulverizan las distancias, deslocalizándonos y marcan otros tiempos, *destemporizándonos*. “En un abrir y cerrar de ojos, un siglo, lo que separa al velocípedo del supersónico, la textura del mundo se nos han vuelto indiferentes, pero la menor demora se nos vuelve insoportable ... así a la contracción planetaria responde la pulverización del calendario; como si a medida que multiplicamos nuestras autopistas terrestres, aéreas, informáticas, perdiéramos en el impulso el sentido de la duración, de las cronologías” (Debray, 2007).

Esto tensiona la realidad institucional, por cuanto en ella están regulados los tiempos y espacios, las metodologías y los procedimientos y éstos no se condicen con la tendencia en los hábitos juveniles, acostumbradas a la satisfacción inmediata a los productos y servicios, al dato – pero no necesariamente al conocimiento -, a través de los dispositivos móviles. Sandra Carli vincula claramente su impacto en la educación cuando expresa que “ se ha visto alterada en estas décadas recientes por la combinación y tensión entre distintas *experiencias del tiempo* que han hecho estallar ese tiempo lineal y progresivo del progresos en el proyecto de la instrucción pública moderna, o cuando expresa que la transmisión cultural tenía un sentido

cuando el tiempo se pensaba desde la dinámica del progreso moderno, que conduciría a los estados nacionales al desarrollo científico, a la conformación de una sociedad y a la participación ciudadana, y adquiere nuevos sentidos cuando debe considerar estas experiencias del tiempo presente. (Sandri,2006).

Por su parte Debray (1991) nos dice que estamos frente a una *explosión de las movilidades* (de las personas, de los bienes, de los capitales y de los teléfonos, por rutas, redes y satélites) y la *implosión de las continuidades* (cuyas crisis supuestamente de identidad o de civilización son un efecto de superficie). Estas tienen como apoyo *vehículos fijos* que llamamos instituciones, a un ritmo de evolución muy lento: estructuras familiares, iglesias, Estados, Escuelas, lenguas, etc. Es en ellas, por lentas que hoy resulten, donde aún se tejen los modos de sociabilidad, los lazos sociales que unen a los individuos entre sí y se transmite la herencia cultural para que la renueven en la dinámica propia del progreso intergeneracional. En ellas todavía se llevan adelante prácticas comunicativas/educativas que dinamizan procesos de identidad y traspaso cultural pero también donde se articulan, negocian y entran en conflicto las distintas interpretaciones y significados acerca de la realidad. Debemos reconocer que los tiempos de aprendizaje tanto al interior de la institución educativa como fuera de ella, son contrarios a los que los adolescentes están dispuestos a destinar. Aún así, es preciso asumir que la transmisión cultural requiere de la presencia y la intervención de las instituciones que tienen otros tiempos muy distintos a los que promueve la tecnología (Debray, 2007).

El desafío de poner en juego otra vez lo institucional, pero no ya desde la concepción moderna, prescriptiva, exclusiva y desigual, sino pensar en cómo se acomoda a la realidad posmoderna habitada por sujetos cuya socialización es fruto de numerosas mediaciones comunicacionales y tecnológicas que no están exentas de una carga ideológica que impregna numerosos aspectos de la vida cotidiana, postulando a través de sus usos estilos de vida, condiciones de inclusión y exclusión según su tenencia y manejo e incluso atravesando casi todos los procesos comunicacionales que nos vinculan con el/los otros. Su acceso y manejo demandan un proceso de alfabetización digital que deja en evidencia situaciones de inequidad.

El uso de la tecnología, o mejor expresado, el correcto uso de la tecnología con fines pedagógicos, políticos, económicos o culturales puede ser interpretado como un indicador de progreso, pero también como un poderoso mecanismo de reproducción y difusión de productos y servicios de industrias culturales internacionales que promueven una economía global y que dejan en evidencia desigualdades, inequidades en la distribución de bienes y servicios, entre ellos la conectividad, condición imprescindible para empezar a considerar siquiera el tema.

Otro aspecto que interpela los procesos de comunicación-educación es el efecto de la descentralización, definida por Martin Barbero como el conjunto de procesos y experiencias que testimonian la expandida circulación por fuera del libro de saberes socialmente valiosos. (Martin-Barbero, 2002) Si pensamos en los procesos educativos, esto impacta en las prácticas de los espacios donde se impartía el saber, y también donde se compartía y decidían las políticas de transmisión cultural. Los medios de comunicación (televisión, radio, video, Internet) ponen al alcance de todos tanto información como conocimientos científicos, de fácil acceso. Información diversa, que aún detentando validez científica, es posible acceder pero de manera fragmentada, sin un objetivo concreto de transmisión. Esta realidad interpeló a la institucionalización del saber moderno, al que antes se accedía a través del libro, en un proceso de transmisión mediado por el educador, previamente sistematizado, ordenado y planificado. Esa facilidad de acceso a la información es confundida con la formación como consecuencia del conocimiento que deviene de lo aprendido en el seno escolar. Sin dejar de reconocer las bondades de la independencia y la autonomía que promueve en los estudiantes, es imperioso considerar también la pérdida de poder que el sujeto que enseña ha experimentado en este tiempo de educación y comunicación mediada tecnológicamente. Poder que se reflejaba en la selección teórica y en los procedimientos metodológicos de transmisión de los saberes. Frente a un sujeto que elige que, cuándo y dónde nutrirse de datos que pueden transformarse en conocimientos, el rol del docente y el rol de la institución se tensan e incluso se cuestionan. Sin lugar a dudas, en este nuevo escenario la escuela moderna, tal como se la concibió, perdió su rol central y su dosis de poder en tanto dispositivo de transmisión del proyecto social, político y cultural. También con la tecnología se incorpora la virtualidad a la experiencia pedagógica de la presencialidad; una experiencia cuanto menos novedosa que difumina la percepción y la comprensión tanto del tiempo como de las distancias geográficas,

pero también facilita la comunicación y democratiza el acceso; conecta al individuo con otras realidades, disemina el conocimiento; otros saberes circulan por la sociedad y el libro pierde cada vez más la exclusividad que detentó en la Modernidad. Habrá que seguir de cerca la evolución de esta tendencia e indagar en qué medida el conocimiento validado por la ciencia – y difundido a través del libro - debería considerar ampliar los escenarios de difusión – y de democratización – para no reducirse a espacios cerrados y sacralizados de estudio, análisis y debate. La co-existencia de la circulación de los saberes en la esfera mediática es particularmente atractiva para la gran mayoría. Estamos encontrándonos en otros espacios, comunicándonos de otras maneras, aprendiendo de otros modos, con otros recursos que la tecnología nos pone al alcance. La razón y la ciencia pierden hegemonía. La transmisión requiere asumirse en la multiculturalidad de la que nos habla Martin Barbero, que no sólo es la diversidad étnica, racial, de género, sino también aquella que se configura entre la cultura letrada y los de la cultura oral, visual, digital, por cuanto todas constituyen manifestaciones culturales que heredarán y transformarán o mantendrán las generaciones venideras.

Un tercer aspecto está vinculado con la dislocación en la transmisión intergeneracional, por cuanto ha provocado un inversión de los roles de padres-abuelos maestros de los hijos-nietos, al de hijos-nietos maestros de sus padres-abuelos. Basta con pensar nada más la naturalidad con que las nuevas generaciones comprenden las lógicas de uso de los aparatos tecnológicos (computadoras, celulares, ipads, tablets, videos, etc), situación que los coloca en ventaja en relación a las generaciones precedentes y los independiza de la mediación institucional, porque eso hace suponer que no hace falta asistir a la escuela para aprender, ni adquirir un periódico o sintonizar una radio para estar informado, ni viajar a las grandes capitales del mundo para conocer los museos, si pueden visitarse a través de la virtualidad, o salir de compras, si el producto o servicio está accesible a toda hora y en cualquier lugar, vía Internet. También los adultos pierden su dosis de poder porque ya no son la fuente de datos confiables a las que recurrir. Los datos están allí al alcance de (casi) todos. De hecho, se advierte una traslación del poder de los jóvenes sobre los adultos en este sentido, ya que son estos últimos los que consultan a los jóvenes para entender la lógica informática.

Finalmente, los procesos de creación de la riqueza pasan por la capacidad de las sociedades de formar individuos que puedan procesar la información y generar más conocimientos, tanto para incorporarse con éxito al mercado laboral cada vez más competitivo como para ser generadores de más conocimiento. Producir información, conocimientos, saber procesarla, aplicarla y transmitirla son competencias deseables de un trabajador de la economía informacional. Surgen nuevas lógicas de vinculación laboral, porque el sujeto deja de identificarse con una empresa con una localización específica para integrarse a una sociedad de capitales en redes, que desarrolla su actividad en esa geografía mientras las condiciones económicas, financieras, de recursos o de mercado marcan índices óptimos de rentabilidad.

La transmisión del mensaje intergeneracional vinculada con el valor del empleo permanente, con la importancia de la conservación del mismo empleo a lo largo de la vida productiva del sujeto ha cedido paso a la idea de flexibilidad. Si se ha producido un cambio decisivo en el trabajo es del lado de la flexibilización del empleo y de la finalización del llamado empleo estable de larga duración. El empleo en una gran empresa con contrato indefinido se está terminando (Castells, 2002). Las empresas constituidas por capitales descentralizados, con sedes en distintos mercados del mundo, propician la movilidad de sus empleados, tanto para fomentar el reconocimiento de sus particularidades, como para incentivar la innovación, la creatividad, la apertura al cambio, el aprendizaje permanente. La nueva estructura socioeconómica de la sociedad red produce el proceso inverso, desconcentrar, reticular las grandes organizaciones de trabajo e individualizar su proceso modificando la relación mente capital y trabajo. El eje del poder se traslada entonces al sujeto que posee el conocimiento y que es requerido por la organización para el desarrollo de su actividad. Un sujeto que hace un culto del aprendizaje permanente que adquiere en cada experiencia laboral y aplica en cada nuevo escenario en el que “elije” insertarse, en una búsqueda personal de nuevas oportunidades que la interconexión mundial pone en comunicación.

Para seguir pensando ...

El legado que recibimos de la Modernidad fue la importancia de la escolaridad como transmisora de una cultura, como institución encargada de establecer lazos con las nuevas

generaciones, mostrándonos las huellas de su identidad, de su historia y de los posibles futuros a alcanzar, en el marco de un Estado –Nación. Pero la globalización, la economía de mercado, el neoliberalismo nos colocó en las últimas décadas frente a otras realidades que exigen una adecuación. La sociedad se enfrenta a tensiones vinculadas al quiebre de instituciones tradicionales y la emergencia de movimientos instituyentes que configuran nuevas lógicas de organización y reconocimiento, en los que las instituciones que tradicionalmente eran agentes de socialización del sujeto (familia, escuela, partido político, organizaciones religiosas, están resquebrajadas y las prácticas que originalmente le daban sentido, sustituidas o cuanto menos entrelazadas con los aportes de otros sujetos sociales que provienen de escenarios más globales, locales o extraterritoriales como los movimientos ecologistas, feministas, de defensa de los derechos humanos.

En este contexto, pensar desde el campo de la comunicación y la educación como procesos imbricados supone sostener que medios y tecnologías no pueden ser pensados como una realidad exterior a las transformaciones culturales porque es desde esas mismas transformaciones culturales que pensamos la aparición de nuevos modos de comunicación, nuevas tecnologías, nuevas relaciones y procesos sociales, y también la crisis de la subjetividad pedagógica, la formación de nuevas subjetividades y de nuevas instancias de inclusión/exclusión que se relacionan con espacios de poder real – apropiación de medios de producción, consumo y distribución de bienes – y simbólico – conocimientos, acceso a espacios de toma de decisiones, mejores oportunidades -.

Las transformaciones que llegaron de la mano de la Posmodernidad interpelan las prácticas educativas y las dosis de poder que en ellas pueden advertirse. Este desorden sociocultural puede cuestionar el poder de la institución educativa y puede (re) configurar su misión, porque la escuela deja de ser sólo el lugar para formar sujetos emancipados, libres y racionales, que, atravesados por la educación, accederán a iguales oportunidades. Se convierte para muchos de ellos en el espacio donde se tejen alianzas de esperanza. La idea de homogenización cultural pierde vigencia, la moral, la disciplina y el orden han tomado otros matices y resulta cada vez más difícil plantear generalidades para la sociedad y para la educación.

La pretendida relación lineal entre educación y progreso, la reubicación de la escuela como institución de transmisión de la cultura frente a la irrupción de otras experiencias formadoras, la revolución de las tecnologías de la información y la comunicación, el corrimiento del lugar del estado como agente central de socialización en una cultura homogénea, la explosión y visibilidad de la diversidad y como contracara, de desigualdades sociales, cuestiona la labor central de las instituciones educativas y nos enfrenta a una etapa de redefinición de sentido y de las relaciones entre los procesos educativos, la sociedad y los sujetos, una instancia de negación de la universalidad que invita pensar en la particularidad y en su resultado: una institucionalización cuyas características aún desconocemos.

Notas

- (1) Personalmente considero que sigue siéndolo, más allá de las vicisitudes a las que se enfrenta y a los desafíos que enfrenta, ya que como expresaré más adelante, la escuela sobre todo de nivel primario y secundario está asumiendo compromisos con la contención de problemáticas sociales propios de la época actual, y que no son específicamente educativos. Esto deja en evidencia el rol de esta institución y la capacidad de resiliencia, de cambio, adaptación y transformación que asume según la realidad en la que debe desenvolverse.
- (2) A través de los recortes teóricos y la selección bibliográfica se perfila un modo de pensar e interpretar la realidad. En este sentido, la escolaridad moderna, con la hegemonía que detentaba el docente y el libro de texto, ejercía su poder simbólico en los estudiantes.
- (3) Michel Foucault, en *El sujeto y el poder* (1987) expresa que “el ejercicio del poder consiste en guiar la posibilidad de conducta y poner en orden sus efectos posibles. Básicamente el poder es más una cuestión de gobierno que una confrontación entre dos adversarios o la unión de uno a otro” (pág. 23). Es en este sentido que se asume que la institución educativa, imbuida de las condiciones que impone el poder político a través de las políticas de estado, ejerce poder sobre los individuos, ya que a través de los contenidos y las prácticas modifica conductas y orienta los modos de pensar de las diferentes generaciones, en un contexto socio histórico determinado.

- (4) En relación a las instituciones, Lapassade, G y Lourau, R., en Claves de la Sociología (1973), afirman que la Revolución Francesa supone que las masas toman la palabra acerca de las instituciones. El sujeto de la Historia, expresan, ya no será desde ahora un Espíritu encarnándose en las instituciones sino la acción instituyente de las masas contra el orden instituido.
- (5) A través de los recortes teóricos y la selección bibliográfica se perfila un modo de pensar e interpretar la realidad. En este sentido, la escolaridad moderna, con la hegemonía que detentaba el docente y el libro de texto, ejercía su poder simbólico en los estudiantes.

Referencias bibliográficas

- Berger, P. L. y Luckmann, T. (2005). La construcción social de la realidad. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Carusso M. y Dussel, I. (1997) "Modernidad y Escuela: los restos del naufragio" en De Sarmiento a Los Simpson. Cinco conceptos para pensar la educación contemporánea. Ed. Kapeluz, Buenos Aires
- Castell, M. (2000) Globalización, sociedad y política en la era de la información. Bitácora, 4-I sem 2000.
- Debray, R. (2007). "Transmitir más, comunicar menos". En A Parte Rei 50. Revista de Filosofía, Madrid. Marzo 2007 . <http://serbal.pntic.mec.es/~munoz11/debray50.pdf>.
- Huergo J. y Fernández, B. (1999). "De la escolarización a la comunicación en la educación". (Cap. 3) en Huergo J. Fernandez, Belen. Cultura Escolar, Cultura Mediática/Intersecciones. Universidad Pedagógica Nacional. Bogotá, Colombia.
- Lapassade G. y Lourau, R. (1973) Claves de la Sociología, Editorial Laia.
- Lewkowickz, I. (2008) "Escuela y ciudadanía". Cap 1. En Pedagogía del Aburrido. Paidós Educación. Buenos Aires.
- Martin-Barbero, J. (2002), Transformaciones del saber y del hacer en la sociedad contemporánea. Sinéctica, Revista Electrónica de Educación. 2002; (21):59-66. ISSN: 1665-109X. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=998/99817897009>.
- Foucault, M. (2005) El sujeto y el poder. Biblioteca Libre Omegalfa, (pp. 1-31). Disponible en: <https://www.omegalfa.es/downloadfile?file=libros/el-sujeto-y-el-poder>

Frigerio, G.; Poggi, M.; Tiramonti, G., (1994). Actores, instituciones y conflictos. Cara y Ceca. Troque Educación, Flacso, Buenos Aires.

Santillán Briceño, V.E. y Ortiz Marín, A.M. (2011), La noción de poder desde Foucault: una perspectiva educomunicacional, (pp. 80-91). Perspectivas de la comunicación. Vol. 4, N° 1, Universidad de la Frontera, Temuco, Chile.

Tadeu da Silva, Tomaz (1995) "El proyecto educacional moderno: ¿Identidad terminal? En Revista Propuesta Educativa N° 13 Buenos Aires.

Sandri, C. (2006). La infancia como construcción social. Disponible en: <https://desfor.infod.edu.ar/sitio/upload/Carli-La-infancia-como-construccion-social.pdf>

Sarlo, B., (1998) La máquina cultural, Editorial Ariel, Buenos Aires.